

VALERIO MASSIMO Y FABIO MANFREDI

LA HERENCIA DE ROMA

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale



Índice

Lo que queda	9
1. La estirpe de Marte	11
2. <i>Civis Romanus sum</i>	27
3. <i>In corpore sano</i>	43
4. <i>Mater Natura</i>	57
5. Lo mejor está en todas partes	71
6. Dominar el agua	85
7. El enemigo invisible	99
8. A cada uno lo suyo	115
9. El precio de todo.	129
10. Quien sabe más manda mejor	143

Lo que queda

Todos los imperios han sido fundados sobre la sangre.

Y todos los imperios están destinados a caer.

En esto Roma no es diferente.

Aquello que es diferente, en cambio, es lo que queda después.

Muchos imperios desaparecen habiendo dejado tras de sí un campo de exterminio, ruinas, estupros, masacres y... nada más.

Roma ha dejado una civilización.

Nosotros aún vivimos en su ley, nos beneficiamos de su sistema de comunicación, de las poderosas técnicas de construcción, hablamos su lengua, y así los franceses, los españoles, los catalanes, los portugueses, los sudamericanos, los centroamericanos, los canadienses, parte de los habitantes de la Europa oriental, del África occidental y meridional, del Magreb, del Cuerno de África, y también los ingleses.

Algunos de los pueblos que han sido afectados por la dominación romana no habrían tenido luego ninguna piedad cuando, a su vez, se encontraron en el papel de invasores, en Italia, en España, en las Galias o en África. Habrían destruido, estupro y saqueado: en esto, la historia del género humano es tristemente la que es.

Los «otros» no eran mejores.

Una vez más la diferencia está en lo que queda después. O que no queda en absoluto.

El análisis y la narración histórica rehúyen de ilusorias clasificaciones entre quién es más o menos bueno, pero lo que es seguro es que hay que sentirse orgullosos de la civilización que la antigua Roma nos ha dejado, orgullosos de ser, tantos, sus herederos. Tampoco el solo hecho de querer leer sus vicisitudes y sus gestas críticamente es, en absoluto, una casualidad: al contrario, lo hacemos precisamente porque venimos de muy, muy lejos. Por lo demás, el mismo concepto de «crimen contra la humanidad» ha sido introducido por Plinio el Viejo, el gran escritor, naturalista, filósofo, comandante militar y gobernador provincial romano, ya en el siglo I. Para llegar cumplida y jurídicamente a ello toda la humanidad habría necesitado otros mil ochocientos años. Largos.

Claro, la historia es un movimiento complejo que puede ceder al caos. Sin embargo, la epopeya de Roma sabe sintetizar magníficamente una constante del comportamiento de la especie humana: la pretensión de un mundo mejor. Por eso puede ser más que nunca maestra de nuestros mañanas: de la dura lección de las pandemias al racismo, de la corrupción a la innovación, esa emocionante epopeya —si sabemos leerla— puede expulsar la oscuridad, iluminar nuestro presente y edificar nuestro futuro.

Enero de 2021

Capítulo 1

La estirpe de Marte

Roma nos enseñó que la peor derrota
es no aprender de los errores

La que se consumó el 2 de agosto de 216 a. C. en Cannas (Apulia), fue un enfrentamiento entre dos superpotencias. Por una parte, Roma, cuya fama militar no tenía igual, y por la otra, Cartago, cuyo destino estaba en las manos de Aníbal, uno de los estrategas más grandes de todos los tiempos. Un comandante moderno, al que definir como bárbaro, en la acepción que los romanos daban al término, es una provocación. Si acaso podía serlo como entendían los griegos a aquellos que no eran griegos, aunque conocieran su lengua. Y Aníbal hablaba y leía griego. Probablemente, también pensaba en griego: había estudiado las tácticas militares macedonias y las había aplicado en la construcción de un ejército ágil y flexible.

Llevar la guerra al territorio enemigo había sido una idea genial de Aníbal después de las derrotas cartaginesas de la primera guerra púnica. Así, en el 218 a. C., había cruzado los Alpes con un poderoso ejército de cien mil hombres y unos cuarenta elefantes de guerra. Desde aquel momento, de victoria en victoria, la armada cartaginesa había comenzado a acercarse al corazón de la República. En un cierto momento, Aníbal

había tenido la posibilidad de apuntar directamente hacia Roma, pero sabía que asediarla habría sido un azar y un riesgo demasiado grande, sin haber ganado primero el apoyo de las tribus itálicas. Por eso se había dirigido a Apulia, con la intención de establecer una alianza con las poblaciones locales.

Por toda respuesta, Roma movilizó ocho legiones y constituyó una armada de casi noventa mil hombres, entre infantes y caballería, a las órdenes de los cónsules Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón.

A continuación, los historiadores antiguos identificaron en este doble mando el origen de la catástrofe. Emilio Paulo, de clase noble, fue descrito como un hombre cauto, reacio a afrontar a los cartagineses en una batalla campal. Por el contrario, el plebeyo Varrón fue pintado como un decisionista arrogante, y a él se atribuyó la voluntad de enfrentarse a Aníbal, despreciando cualquier prudencia. Dejando de lado las simpatías aristocráticas ocultas detrás de esta versión de los hechos, es indudable que la fuerza de las tropas se resintió por el desacuerdo entre los cónsules, y quizás aún más por su alternancia cotidiana al mando. Un *vulnus* que no debió escapar al astuto Aníbal.

Y así sucedió que aquel día los romanos conocieron la peor derrota de su historia. Con una maniobra en pinza que aún hoy es estudiada en las academias militares, Aníbal cercó y destruyó todo el contingente adversario; según el historiador Tito Livio, los legionarios caídos fueron casi cincuenta mil. Es opinión común que los romanos constituían una formidable maquinaria de guerra: el ejército más poderoso del mundo antiguo, el más disciplinado y el más tecnológicamente avanzado. Y, además, los romanos estaban convencidos de ello; tanto que, cuando al día siguiente de la batalla las voces de la derrota comenzaron a llegar a Roma, la ciudad se hundió en el miedo y la incredulidad. «Nunca con la ciudad a salvo hubo tanto terror y tumulto dentro de los muros de Roma», escribe Tito Livio. Para evitar que,

como una enfermedad contagiosa, se extendiera el pánico, se instituyó el toque de queda y se hicieron incluso sacrificios humanos, práctica ajena a los usos romanos, más para aplacar los ánimos de la población que a los dioses.

No era la primera gran derrota que Roma sufría a lo largo de su historia, y sufrirá otras incluso en momentos de mayor esplendor, en muchos casos destinadas a repercutir gravemente sobre su destino. Como tiempo después con la derrota de Teutoburgo (9 d. C.), en el apogeo de la edad dorada augustea, que significó la renuncia definitiva al proyecto de conquista de Germania: una modificación de la estrategia geopolítica romana que se habría revelado fatal cuatro siglos después.

Aun así, hasta que la decadencia socavó su fibra moral, Roma fue casi siempre capaz de trastocar en su propio beneficio la experiencia de la derrota, incluso más, pues eran capaces de analizar los errores y de reconstruir a partir de ellos nuevas estrategias. Ninguna otra ciudad-estado de la antigüedad habría podido levantarse después de una derrota como aquella de Cannas. Roma perdió un quinto de sus ciudadanos en edad de reclutamiento y el apoyo de la mayoría de las poblaciones de la Italia meridional, que se apresuraron a pasarse del lado de los cartagineses. Pero Roma supo reaccionar. El historiador Silio Itálico reproduce las palabras de ánimo que el cónsul y dictador Fabio Máximo dirigió a los ciudadanos: «Abandonarse a la adversidad no es digno de hombres que adscriben a Marte su propio origen». Bajo su guía, Roma rechazó cualquier propuesta de paz y movilizó nuevos soldados de todas las zonas de sus dominios, llegando incluso a enrolar esclavos. Y, sobre todo, comprendió que, para no arriesgarse a perder todo de una sola vez como en Cannas, habría sido más seguro dividir las fuerzas y ponerlas bajo diversos mandos, coordinados, pero con amplia autonomía de maniobra. La táctica de Fabio Máximo, basada en el lento y continuo desgaste del adversario, le valió el so-

brenombre de «Procrastinador» (*Cunctator*), un puesto en la historia y el triunfo final. Pronto el ejército cartaginés perdió ímpetu y fuerza y, en el 202 a. C., los romanos lo desbarataron definitivamente en Zama. Allí ganaron una guerra que durante mucho tiempo había parecido perdida.

★ ★ ★

Lección aprendida, pero muy pronto olvidada. Un siglo después, en otra invasión, las divisiones internas en el mando provocaron otra sangrienta derrota, ésta potencialmente letal para la República.

Aquella vez, los que amenazaron la existencia misma de Roma fueron dos tribus germánicas, los cimbrios y los teutones, que desde las Galias se disponían a invadir la península. El 6 de octubre del 105 a. C., en Arausio (la actual Orange), junto a las riberas del Ródano, los romanos intentaron frenar su avance basándose en una notable superioridad tecnológica y estratégica. Al menos, sobre el papel. Por desgracia, el defecto, como en Cannas, estaba en la raíz. En realidad, los que comandaban las legiones eran dos: el cónsul Cneo Malio Máximo y el procónsul para la Galia cisalpina Quinto Servilio Cepión. El primero, un *homo novus*; el segundo, un aristócrata. En teoría, el mando supremo habría correspondido a Malio Máximo, pero Cepión lo trataba con desprecio por sus orígenes plebeyos y se negaba a obedecerlo. El resultado fue ruinoso: las legiones, divididas y descoordinadas, fueron barridas. Según las estimaciones históricas, los caídos entre los romanos oscilan entre los ochenta mil y los ciento veinte mil, dos cifras igualmente impresionantes.

Con el enemigo ya a las puertas y la eventualidad cada vez más concreta de un derrumbe definitivo de la República, Roma reaccionó de nuevo con inteligencia. Confió el consulado y la

dirección de la guerra a Cayo Mario, otro *homo novus* que en los años precedentes había dado pruebas de excepcionales dotes estratégicas. Mario, que en el momento de los hechos estaba entre las personalidades políticas y militares más prominentes de la República, aprovechó la ocasión para imponer una radical reforma del ejército; en particular, estableció que todos los ciudadanos, independientemente de su clase, pudieran ser alistados e introdujo numerosas innovaciones en las técnicas de combate. Gracias al flujo de fuerzas frescas en las legiones y a una decidida mejora de la capacidad bélica, en el 102 a. C. Mario se enfrentó en Aquae Sextiae (la actual Aix-en-Provence) con los teutones, y éstos fueron literalmente aniquilados. Idéntica suerte tocó a los cimbrios al año siguiente, erradicados en la que pasó a la historia como la batalla de los Campi Raudii.

Diez años después del exterminio de cimbrios y teutones, Roma se encontró enfrentando una nueva y grave crisis debida esencialmente a la torpeza de su élite. Y esta vez todo se jugó en el interior de la península itálica. La mecha que prendió fue el eterno problema de la extensión de los derechos de ciudadanía a las poblaciones itálicas, históricas aliadas de los romanos y ansiosas por ser acogidas de pleno derecho en la vida política de la República. Pero en la urbe la resistencia era muy fuerte, sobre todo por parte de la aristocracia ecuestre y senatorial, a quienes aquello les parecía una peligrosa alteración de los equilibrios de poder. Tal era la animosidad en torno a la cuestión que, cuando, en el 91 a. C., el tribuno de la plebe Marco Livio Druso propuso una ley para conferir la ciudadanía a los itálicos, sus adversarios lo hicieron asesinar. El homicidio de Druso fue la gota que hizo desbordar el vaso: la mayor parte de los viejos aliados, con marsios y sannitas a la cabeza, se rebeló y declaró la guerra a Roma.

El conflicto fue breve, pero sangriento. Aunque los insurgentes disponían de una notable fuerza de choque, durante dos

años la superioridad militar romana consiguió doblegarlos. La guerra social terminó, pues, con la victoria romana sobre el terreno; sin embargo, por más que pueda parecer paradójico, el resultado fue favorable a los derrotados, que obtuvieron exactamente aquello por lo que habían tomado las armas. En efecto, Roma concedió la ciudadanía antes a los que no se habían sublevado o que habían aceptado rendirse, pero no excluyeron más tarde a todas las poblaciones itálicas al sur del Po.

La ampliación de la ciudadanía tuvo consecuencias importantísimas: Roma no sólo consolidó su poder, sino que aceleró poderosamente la romanización de la península. Desde entonces, Roma e Italia fueron una unidad, los latinos y los itálicos un solo pueblo. Los hombres de la época no podían saberlo, pero se trató de una etapa fundamental en la evolución de la República. Sesenta años después, la Italia romanizada se convertiría en el corazón del Imperio.



Unidos ganamos, divididos nos derrumbamos. Y, en efecto, si recorremos la historia de Roma desde la época de su máximo esplendor hasta el momento de su declive, vemos cómo precisamente las divisiones internas contribuyeron en gran parte a debilitar sus fundamentos; mucho más, incluso, que la difusión del cristianismo o la presión de los bárbaros en las fronteras.

Para comprenderlo, intentemos dar un salto en el tiempo de casi quinientos años, del crepúsculo de la República al del Imperio. Dejaremos atrás las turbulencias del siglo I, el irrepetible esplendor del siglo II, la peste antonina, la crisis del siglo III, las profundas modificaciones con que, entre el 285 y el 293, Diocleciano puso fin a la anarquía militar. Nos bastará saber que, desde el siglo IV, el Imperio romano comenzó a no existir como una entidad monolítica: dividido administrativa-

mente entre una parte occidental y una oriental, mantuvo a Roma como «capital honoraria», pero los centros efectivos de poder fueron desplazados a Milán y Constantinopla.

Esta división cada vez más acentuada tuvo un extraño destino, porque, si es verdad que ralentizó un siglo la decadencia, también es verdad que a largo plazo partió el Imperio en dos entidades políticas distintas, a veces hostiles la una con la otra y, a fines del siglo IV, hasta en guerra abierta.

Ocurrió cuando murió el emperador de Occidente, Valentiniano II, probablemente asesinado por sicarios pagados por el Senado romano, y en su lugar fue nombrado emperador Flavio Eugenio. El emperador de Oriente en esos momentos, Teodosio, se negó a reconocerlo, nombró en su lugar a su hijo Honorio, un niño por entonces, y marchó contra el usurpador. Pero el conflicto no era sólo político: Teodosio era considerado un defensor de la fe cristiana, mientras que Eugenio se decía que quería restaurar el paganismo tradicional, duramente perseguido desde que, trece años antes, Teodosio y Valentiniano habían declarado el cristianismo religión del estado.

Los dos ejércitos romanos que se enfrentaron el 5 de septiembre del 393 junto al río Frígido, en la actual Eslovenia, contaban en sus filas con numerosísimos soldados germánicos: francos y alamanes combatían entre las filas de Eugenio, mientras que los visigodos constituían por sí solos la mitad de las tropas de Teodosio. Era algo antes impensable y señal evidente de cómo habían cambiado la estructura del Imperio y sus equilibrios de poder.

El enfrentamiento fratricida duró dos días, y su suerte fue largamente incierta, pero al fin las armadas occidentales cedieron. Eugenio fue decapitado, y Teodosio asumió el control de todo el Imperio.

Las consecuencias de la batalla del Frígido fueron graves. A la muerte de Teodosio, la efímera reunificación de los dos

imperios se resquebrajó rápidamente, de forma que Europa se precipitó de nuevo en el caos. El papel de los bárbaros en el ejército se hizo preponderante, y la capacidad de resistencia del Imperio comenzó a depender cada vez más de su tambaleante fidelidad. Las vías de acceso a la Italia nororiental y a Istria quedaron desguarnecidas; las fortificaciones a lo largo de las fronteras, destruidas durante la guerra, ya no fueron reconstruidas: un punto débil que pronto se revelaría fatal, porque precisamente desde allí, unos diez años después, Alarico guiaría a los visigodos al asalto de Roma.

El terrible saqueo de Roma debe mucho, pues, a las miopes decisiones políticas y militares de las décadas precedentes. Cuando, el 24 de agosto del 410, los godos de Alarico —que en la batalla del Frígido habían combatido entre las filas de Teodosio— entraron en la Ciudad Eterna y durante tres horribles días la sometieron a sangre y fuego, el trauma fue devastador a lo largo y ancho del Imperio. Era la toma de conciencia del fin de una era, la dramática confirmación del derrumbe de una civilización milenaria.

Mientras aún de los escombros de Roma se alzaban los humos de los incendios, san Jerónimo escribió: «Se ha apagado la más fúlgida luz del mundo entero, en verdad ha sido decapitado el Imperio romano. Y la verdad es que el mundo entero ha muerto con una sola ciudad».

La Roma de Augusto a Trajano, que durante siglos había dominado sobre tres continentes, ya no existía.

★ ★ ★

En 1914, al tiempo que en Europa estallaba la Primera Guerra Mundial, el explorador británico Ernest Shackleton partió hacia la Antártida, donde, con pocos compañeros, vivió dos años en la soledad más absoluta, sin ningún contacto con el mundo

exterior. La expedición polar corrió el riesgo de acabar en un desastre a causa de varios naufragios y largas peregrinaciones entre los hielos. Pero, dos años más tarde, después de mil peripecias, Shackleton consiguió alcanzar el archipiélago de Georgias del Sur. Allí se encontró con el director de la minúscula base ballenera inglesa que hacía de extrema avanzadilla de la civilización, y le preguntó: «Dígame, ¿cuándo acabó la guerra?». El otro, tétricamente, le respondió: «La guerra no ha terminado. Mueren a millones. Europa está loca. El mundo está loco».

La anécdota, citada por el historiador británico Martin Gilbert, fotografía con lúcida amargura el abismo de devastación en que, al alba del siglo xx y en el apogeo del delirio nacionalista, se había precipitado Europa. Todos contra todos. Viejos imperios chirriantes y nuevos Estados nacionales ansiosos por labrarse un sitio en el tablero internacional, fronteras transformadas en trincheras o en enormes cementerios a cielo abierto. Una locura colectiva que en cinco años produjo más de dieciséis millones de muertos.

Le tocó al Nuevo Mundo apagar las llamas que consumían al Viejo Continente. En 1917, los Estados Unidos de América rompieron su neutralidad y por primera vez en la historia desembarcaron en Europa. Su intervención llevó al fin de un conflicto que virtualmente habría podido proseguir *ad libitum* hasta la mutua aniquilación de todos los contendientes.

Fue entonces cuando el presidente estadounidense Woodrow Wilson pidió con fuerza la creación de un ente supranacional para la salvaguarda de la paz en el mundo. Un proyecto grandioso, quizás el más ambicioso de la civilización humana, cuyos orígenes se remontaban a la Ilustración y a las ideas formuladas más de un siglo antes por el filósofo prusiano Immanuel Kant.

En 1919, pues, nació la Sociedad de Naciones: el primer intento de la historia de constituir una organización mundial

de Estados soberanos con el objetivo de promover la fraternidad, el diálogo y la convivencia entre los pueblos. «Nunca jamás», se dijo, «el hombre debe caer tan bajo».

Las intenciones eran nobles: desarme, salud pública, derechos de los trabajadores, las mujeres, los menores y los refugiados, lucha contra la esclavitud... La atroz lección de la Gran Guerra parecía fructificar.

Sin embargo, en el transcurrir de pocos años, la Sociedad de Naciones se reveló como un colosal fracaso. La lección había sido olvidada de prisa, y de nuevo en Europa volvieron a prevalecer las pulsiones nacionalistas y los sueños imperiales y nacieron nuevos regímenes dictatoriales: el fascismo italiano creó el modelo; la Alemania nazi lo recogió y lo perfeccionó. Si los años veinte habían sido una época de frágiles esperanzas, los años treinta las eliminaron.

Frente a estas nuevas tensiones, la Sociedad de Naciones se encontró desarmada. No disponía de una fuerza de interposición, y cualquier país miembro podía ejercitar el veto, lo que hacía que sus resoluciones fueran aplicables sólo sobre el papel.

La impotencia de la Sociedad de Naciones fue manifiesta en 1935-1936, con ocasión de la agresión italiana de Etiopía: las sanciones económicas impuestas al régimen fascista a partir de la ola de indignación de la comunidad internacional fueron letra muerta, al punto que el *Duce* pudo usarlas como arma de propaganda interior. Fue parte, sin duda, de la tóxica narración del régimen mussoliniano, según el cual, Italia, gloriosa heredera del Imperio romano, resistía heroicamente al asedio de las viles y bárbaras plutocracias; esto tuvo éxito y cimentó el consenso del país en torno al régimen.

Pero la incapacidad de detener la arrogancia fascista fue sólo un prelude del aún más total y desastroso fracaso de la diplomacia internacional conocida con el nombre de Conferencia de Múnich. El objeto en disputa eran en este caso las

reivindicaciones territoriales de la Alemania nazi sobre la región de los Sudetes, políticamente parte de Checoslovaquia, pero poblada preferentemente por gentes de lengua alemana. Cuando, en septiembre de 1938, las principales potencias europeas —Francia y Gran Bretaña, por un lado; Alemania e Italia, por la otra— se reunieron en Múnich para discutir la cuestión, el gobierno checoslovaco ni siquiera fue invitado a participar. No era precisamente un buen augurio.

Para entonces, las intenciones de Hitler estaban ya perfectamente claras: el proyecto expansionista del Tercer Reich no se limitaba sólo a los Sudetes, sino que afectaba a toda Europa. Sin embargo, la potencia bélica alemana espantaba a Francia y Reino Unido, que se presentaron desprevenidas y atemorizadas, sin una estrategia compartida ni una visión de conjunto. El resultado fue una rendición completa ante los nazis. El acuerdo entregó a Alemania los Sudetes y sancionó de hecho el fin de Checoslovaquia, verdadera víctima sacrificial inmolada en el altar de una paz que sólo a costa de una enorme represión podía creerse duradera.

De vuelta a Berlín, Hitler incluso se lamentó con sus fieles por el resultado «demasiado» favorable de la conferencia: «Los británicos y los franceses han aceptado todas mis demandas». Estaba irritado porque el éxito diplomático le impedía hacer estallar la guerra ese mismo año y lo obligaba a buscar otro pretexto. Como se sabe, no tardó mucho en encontrarlo.

El *premier* británico Neville Chamberlain volvió a su país agitando alegremente una copia del acuerdo frente a una multitud festiva, como si fuera el símbolo de una gran victoria. Chamberlain y sus conciudadanos se ilusionaron con que ese trozo de papel, como una especie de objeto mágico, había evitado un conflicto europeo dado ya por inevitable.

Entre los pocos que no cedieron a la ilusión estuvo un compañero de partido de Chamberlain, Winston Churchill. El

5 de octubre de 1938, pocos días después del regreso del *premier* de Múnich, Churchill pronunció en la Cámara de los Comunes un discurso durísimo: «Hemos sufrido una derrota sin guerra, cuyas consecuencias nos acompañarán durante mucho tiempo... Todo el equilibrio europeo ha sido trastornado, y palabras tremendas son hoy pronunciadas contra las democracias de Occidente: “Tú has sido pesado con la balanza y has sido encontrado escaso”. Y no creáis que ha terminado. La rendición de cuentas está sólo en sus inicios. Éste es sólo el primer sorbo, la primera prueba del cáliz amargo que nos será suministrado año tras año, si no resurgimos en defensa de la libertad, como en el pasado».

En el 219 a. C., las tropas de Aníbal asediaron la ciudad ibérica de Sagunto, aliada de Roma. Para el caudillo cartaginés, la conquista de Sagunto debía servir de pretexto para desencadenar la guerra contra su histórico enemigo. Durante ocho meses, los saguntinos resistieron, mientras sus mensajeros intentaban desesperadamente convencer a los romanos de que intervinieran, pero éstos se perdieron en largas e infructuosas discusiones. Son célebres las palabras con que Tito Livio estigmatizó la ciega inercia de sus conciudadanos: *Dum mea Romani parant consultantque, iam Saguntum summa vi oppugnabatur*; «Mientras los romanos se demoraban en preparativos y consultas, Sagunto era tomada por asalto con grandísima violencia». Al final, Aníbal tomó la ciudad y la destruyó. Los saguntinos fueron masacrados, y los romanos no pudieron evitar la guerra. Al año siguiente, como ya se ha dicho, Aníbal penetraría en Italia y exterminaría a las legiones romanas en Cannas.

Churchill no tenía dotes proféticas, pero conocía los clásicos latinos y sabía analizar con inteligencia las conmociones de la historia. Y la historia le dio dramáticamente la razón. Un año después del acuerdo de Múnich, entre el ensordecedor silencio de las democracias occidentales y de la Sociedad de Na-

ciones, Hitler invadía Polonia. Se iniciaba así la Segunda Guerra mundial.

Sagunto había caído de nuevo.

Las vacilaciones costaron caras. En 1941, las fuerzas del Eje controlaban la casi totalidad de Europa. Mientras al este las armadas del Reich echaban abajo las frágiles fronteras rusas, al oeste sólo Gran Bretaña resistía, pero estaba claro que ella sola no habría aguantado; si Moscú hubiera caído, Londres habría seguido su destino.

Churchill, en su calidad de nuevo primer ministro, sabía que la única esperanza de salvación para el mundo libre estaba ligada a dos factores fundamentales.

El primero era la supervivencia de la Unión Soviética. El odio de Churchill por Stalin era apenas inferior al que sentía por Hitler, pero su inteligencia política lo convenció de que era preciso dejar de lado las hostilidades y apoyar el régimen bolchevique. El 22 de junio de 1941, el mismo día en que los alemanes iniciaron la invasión de la URSS, prometió a los soviéticos «cualquier ayuda técnica y económica». En privado fue aún más directo: «Si Hitler invadiera el infierno», dijo a su secretario, «como mínimo gastaría una buena palabra por el diablo».

El segundo era la intervención de Estados Unidos. Veinticinco años antes, los americanos habían cambiado la suerte de la Gran Guerra. Sin embargo, como entonces, se mostraban reacios a intervenir. Para convencerlos, el maquiavélico Churchill organizó un encuentro secreto con el presidente Roosevelt, a quien cortejó durante días y días, y al final lo conquistó para la causa.

Franklin Delano Roosevelt es otro ejemplo encarnado de cómo, a menudo, también en los grandes acontecimientos históricos, el elemento individual puede ser determinante. Oponiéndose con éxito a las tendencias aislacionistas aún difundidas entre los miembros del congreso, consiguió que se aprobara una medida de gran valor: el *Lend-Lease Act*, la ley de

préstamos y arriendos con la que los EE UU enviaron a la Unión Soviética ingentes cantidades de acero, aviones, cañones, vehículos y alimentos. Renunciar al tradicional y arraigado anticomunismo fue para Estados Unidos una decisión difícil, pero necesaria, y a la larga se demostró clarividente: si la URSS consiguió evitar el hambre, volver a poner en marcha la maquinaria bélica y reaccionar a la opresión nazi, fue ante todo gracias a la ayuda americana.

Unidos ganamos, divididos nos derrumbamos, como se ha dicho.

En febrero de 1945, cuando Alemania cedía frente al avance de las fuerzas angloamericanas y soviéticas, Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron en Yalta (Crimea). La conferencia tenía el objetivo de rediseñar el mundo con vistas al ya próximo final del conflicto, pero pronto quedó claro que las miras de los tres países, por el momento unidos en una improbable por más que eficaz alianza, eran incompatibles. Stalin, en particular, que jugó la carta de líder razonable, consiguió imponer su agenda en muchos puntos.

Es opinión común que, al ajustar las cuentas con la Alemania nazi, la conferencia de Yalta creó, al mismo tiempo, las premisas de la Guerra Fría que durante cuarenta años monopolizó la geopolítica global. Aun así, los juicios de los historiadores son discordantes: algunos ponen el acento en la actitud renunciataria con que Occidente cedió a Moscú toda la Europa oriental; otros, en cambio, manifiestan que la colaboración entre los tres amigos-enemigos permitió una rápida solución del conflicto y que la aparente rendición de Estados Unidos y Gran Bretaña frente a la arrogancia soviética evitó el estallido de una nueva y devastadora guerra abierta.

Sin embargo, es preciso no olvidar que, en Yalta, sobre todo por mérito de Roosevelt, se echaron las bases para la fundación de la Organización de las Naciones Unidas.

¿Lección desperdiciada o aprendida? La primera, si pensamos en la larga y terrible Guerra Fría. La segunda, si se mira el nacimiento de la ONU y todo lo que surgió de ella, especialmente a partir de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el documento más iluminado y progresista que el hombre haya producido.

★ ★ ★

Toda lección aprendida corre el riesgo de ser olvidada. Corresponde a cada generación la responsabilidad de recordar los errores cometidos y seguir atesorándolos. Con la conciencia de que cada conquista y cada *pax augustea* son frágiles, precarias y sujetas a las convulsiones de la historia. Como Roma nos enseñó.